

Caperucita Roja



Había una vez una niña muy bonita. Su mamá le había hecho una capa roja y la niña la llevaba tan a menudo que todo el mundo la llamaba

Caperucita Roja.

Un día, su mamá le pidió que llevara unos pasteles a su abuela que vivía al otro lado del bosque, recomendándole que no se entretuviera por el camino, pues cruzar el bosque era muy peligroso, ya que siempre andaba acechando por allí un lobo.



Caperucita Roja recogió la cesta con los pasteles y se puso en camino. La niña tenía que atravesar el bosque para llegar a casa de la Abuelita, pero



no le daba miedo porque allí siempre se encontraba con muchos amigos: los pájaros, las ardillas...

De repente vio al lobo, que era enorme, delante de ella.

-¿A dónde vas, niña?- le preguntó el lobo con su voz ronca.

- A la casa de mi Abuelita- le dijo Caperucita.

No está lejos, pensó el lobo para sí, dándose media vuelta

Caperucita puso su cesta en el prado y se
entretuvo cogiendo flores.
-El lobo se ha ido –pensó–, no tengo nada
que temer. La abuela se pondrá muy
contenta cuando le lleve un hermoso
ramo de flores además de los pasteles.




Mientras tanto, el lobo se fue a casa de la Abuelita, llamó suavemente a la puerta y la anciana le abrió pensando que era Caperucita.

Un cazador que pasaba por allí había observado la llegada del lobo.

El lobo devoró a la abuelita y se puso el gorro rosado de la desdichada, se metió en la cama y cerró los ojos.





No tuvo que esperar mucho, pues Caperucita Roja llegó enseguida, muy contenta. La niña se acercó a la cama y vio que su abuela estaba muy cambiada.

-Abuelita, abuelita, ¡qué ojos más grandes tienes!

-Son para verte mejor- dijo el lobo tratando de imitar la voz de la abuelita.

-Abuelita, abuelita, ¡qué orejas más grandes tienes!

-Son para oírte mejor- siguió diciendo el lobo.

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes!

-Son para... ¡comerte mejooooor!- y diciendo esto, el lobo malvado se abalanzó sobre la niña y la devoró, lo mismo que había hecho con la abuelita.

Mientras tanto, el cazador se había quedado preocupado y creyendo adivinar las malas intenciones del lobo, decidió echar un vistazo a ver si todo iba bien en la casa de la Abuelita. Pidió ayuda a un segador y los dos juntos llegaron al lugar. Vieron la puerta de la casa abierta y al lobo tumbado en la cama, dormido de tan lleno que estaba.



El cazador sacó su cuchillo y rajó el vientre del lobo. La abuelita y Caperucita estaban allí, ¡vivas!. Para castigar al lobo malo, el cazador de llenó el vientre de piedras y luego lo volvió a cerrar.



Quando el lobo despertó de su pesado sueño, sintió muchísima sed y se dirigió a un estanque próximo para beber. Como las piedras pesaban mucho, cayó en el estanque de cabeza y se ahogó. En cuanto a Caperucita y su abuela, no sufrieron más que un gran susto, pero Caperucita Roja había aprendido la lección. Prometió a su Abuelita no hablar con ningún desconocido que se encontrara en el camino. De ahora en adelante, seguiría juiciosa las recomendaciones de su Abuelita y de su mamá.

Fin